



PASEO A TRAVÉS DE LA HISTORIA: ANATOLIA, EL AMANECEER DEL HOMBRE.

María Cristina Escobar Labella

No estamos solos en el Cosmos... Al nacer, una te-
chumbre oscura alternada
con diminutos puntos de
luz nos recibía a modo de
cuna gigantesca...

Mientras tanto, tan eternamente como el universo una letanía no dejaba de sonar: era la más bella sinfonía cósmica jamás compuesta. Era la Canción de la VIDA. Comenzaba así un segundo más en la historia del universo.

El universo es una constante interacción de objetos, materias, fuerzas iguales u opuestas, en definitiva una unión de partes a modo de «puzzle» vital que en armonía generan el «TODO».

Desde el ser más evolucionado hasta el más insignificante tienen aquí el mayor protagonismo. Nada falta ni nada sobra, nada pertenece a nadie y a la vez todo es de todos...

Es bonito recordar que nuestros ancestros «primitivos» no necesitaron darse cuenta que nuestro ecosistema «peligro» seriamente para comprender esta filosofía del animismo. Para ver al mundo como una globalidad de partes que se necesitan mutuamente...

MARÍA CRISTINA ESCOBAR LABELLA es proyectista del departamento de T.S.C. (sobre el impacto social y ambiental de las comunicaciones y la técnica), concertista de violín y claustral independiente de ing. sup. de telecom. de la UPC.

Así lo vio el jefe Seattle en su famosa carta: «Lo que hagáis a la Tierra, a vosotros lo hacéis. Si una especie muere, poco a poco, con el tiempo nuestro pueblo morirá también ...»

Con esto, os invito de nuevo a buscar aquello que no tenemos y que el dinero jamás nos dará. Se trata de una riqueza que va más allá de nosotros mismos; desconoce las fronteras, habla todas las lenguas, se codea con el infinito y jamás tendrá fin: Se trata de buscar un conocimiento más profundo de nuestro entorno y de aquellos que junto con nosotros entonan la Canción Eterna.

ANATOLIA: MÁS ALLÁ DE LA PENÍNSULA.

Dicen los sabios que la historia comenzó en Sumer cuando se hallaron los primeros escritos cuneiformes. Aquí, en Anatolia, donde nunca se pone el sol, puedes sentir la historia en cada piedra, a cada paso y en todo rincón de su vasto espacio.

Y es que con la proximidad de Sumeria y Asiria al este, Grecia con el mar Egeo al oeste y Egipto al sur; lo cierto es que resultaba una rica tierra de paso para mercaderes y pueblos nó-

madas; no olvidemos, por ejemplo la Ruta de la Seda que pasaba por el norte de la península.

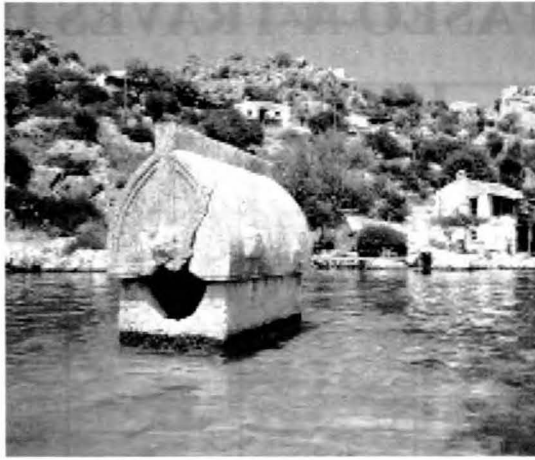
Anatolia mana aún el recuerdo prehistórico de la más importante ciudad neolítica organizada: se trata de Çatalhöyük. Allí te impresiona ver cómo construyeron sus casas rectangulares perfectamente idénticas con una única habitación, sofá fijo y horno... No en vano hablamos de los albores del hombre: del séptimo milenio antes de nuestra era.

Si hiciéramos avanzar el reloj de la historia, quisiera detenerme en el 2000 a.C., cuando surgió un pueblo



Grabado en piedra de los Hititas

que me ha llamado la atención tanto por su desconocido origen como por su carácter tolerante. Se trata de los Hititas. Si te acercas a Hattusas su capital, los restos de la ciudad te inspiran aún la sensación de paz de un Imperio que trató de vivir en armonía con su entorno y su pasado sin ansias de conquista...¿sería esto, tristemente, su sensación de muerte?.



Un bonito reencuentro ocurrió para mí en el museo arqueológico de Ankara...

Entré en la sala de los grabados en piedra Hititas cuyos motivos eran siempre religiosos o guerreros y de pronto lo vi:

allí estaba, tan real como la vida misma, mayor de cuanto lo imaginaron los ojos de una niña de nueve años. Se trataba de un grabado que vimos en el libro de historia durante una clase. Estábamos estudiando el primer escrito cuneiforme y otros jeroglíficos. No lograba entender que un trozo de piedra viejo con apenas unos garabatos ininteligibles fuesen realmente importantes; pero intuía que detrás de todo aquello había algo más profundo y esta idea fue la que me motivó a tomar interés mientras mis compañeras se morían de aburrimiento...

Y es que, lo que no nos contaron en clase es que aquel grabado fue el legado de alguien que vivió aquí hace muchos, muchos años... Con el tiempo, pensé que un pueblo sin historia es como un hombre sin memoria y quien le da la espalda, está condenado a repetirla.

Entonces me pregunté si aprendiendo de ella, intentando conocer los distintos pueblos con sus modos peculiares de entender la vida y de pensar lograría un mejor conocimiento del mundo y de mí misma. También me pregunté sobre el origen de las religiones, sus ausencias, la necesidad de espiritualidad del ser humano, la búsqueda de la belleza y la eternidad que une a todos los pueblos indistintamente. Pero continuemos

nuestra travesía histórica por Anatolia...

Me detengo ahora para resaltar el respeto de un pueblo a sus antepasados: Se trata de la Civilización Licia. Estamos en el siglo séptimo a.C..

El día es claro y el sol brilla exultante a lo alto mientras un mar sereno devolvería al cielo su reflejo azul cual espejo eterno si no fuera porque las algas del fondo marino le dan un tono verde esmeralda cristalino. El paraje es de tal belleza que te cautiva inevitablemente. Así es como comprendes que el pueblo Licio quisiera vivir y morir aquí.

Al borde del mar, apenas a dos metros de la orilla, algún que otro sarcófago ha resistido la dura prueba del tiempo...

Lo original en realidad, es su forma y su ubicación. Si lo miras tal cual, resulta una cabaña cuyo tejado parece una barquita del revés surgida del mar.

No en vano, para ellos morir no era sino continuar viviendo. Como eran un pueblo pescador desea-

ban que su barco fuera además su «hogar eterno».

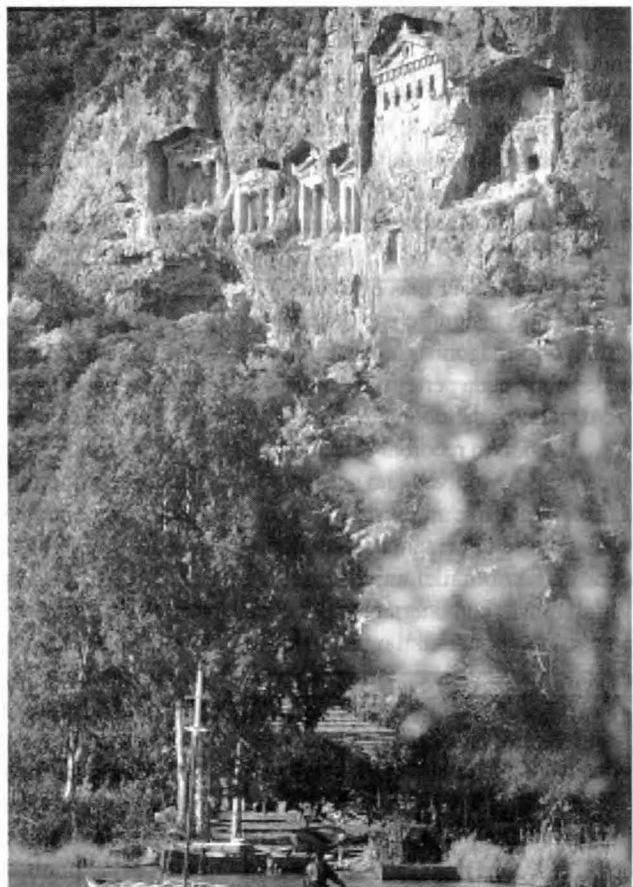
Además de este bello detalle destacan sus impresionantes necrópolis excavadas en las mismas rocas de los acantilados...

Al verlo te vienen a la memoria las ruinas de Petra.

¡Qué increíble modo de «rezar» eternidad al aire libre y tan bien integrado con el entorno!. ¿Qué ansia fue tal que les movió a crear similar maravilla?. Y es que dicen que «inteligencia» es saber ver mas allá de lo «visible», comprender aquello que perdura de veras porque es importante en sí mismo...

Al pie de una de estas necrópolis te sientes pequeño, como una humilde gota de agua con conciencia que sabe que forma parte de algo mucho mayor, tan inmenso que te sobrepasa y es entonces cuando percibes aquello que sin dudarlo ha unido a todos los pueblos de cualquier rincón del mundo: La búsqueda de Eternidad. El ansia de permanecer en la memoria del Cosmos para siempre más.

Aunque quieran hacernos creer lo contrario...¿no son mas importan-



tes las cosas que nos unen a unos pueblos con otros que las que dicen que nos separan?. ¿Por qué no intentamos comprendernos mejor conociéndonos mas?.

Dejaré estas cuestiones al aire para regresar a nuestro viaje...



Por unos instantes, cerrad los ojos y no los abráis hasta hallaros frente a la biblioteca de Celsus (Éfesos)...Una blanca aparición os sorprende por su altura, es el mármol que aún se conserva en la fachada. Además, nos reciben en silencio sus solitarias guardianas; las estatuas que la presiden: la Sabiduría, la Virtud, la Inteligencia y la Ciencia. Esto, junto a la combinación de capiteles corintios, cenefas floreadas por doquier y su peculiar frontispicio la obliga a destacar con una belleza sin igual... Estamos en Éfesos y resulta curioso pensar que junto con la biblioteca de Alejandría, ésta fue un importante reducto del saber del Mundo Clásico. Se trata de una de las colonias griegas más prósperas del período helenístico aunque posteriormente pasaría a manos del Imperio Romano. De hecho, toda la costa del Egeo turca está jalada de antiguas ciudades griegas de

las que quedan en pie verdaderas maravillas como estadios, teatros, templos, acueductos, etc... en bastante buen estado como renegando al paso del tiempo. Entre ellas, están: Mileto, cuna de Thales o la mítica Troya en el estrecho de Dardanelos.

Si nos desplazamos hacia el interior (sureste) y colocamos un 72 a.C. en nuestro reloj particular os sugiero ahora que comencemos juntos la ascensión al monte Nemrut. Estaba situado en los límites del Imperio Romano y los dominios persas. Subir es una aventura, como la vida misma, por caminos que atraviesan pueblos aún inmersos en el pasado... mientras tanto nosotros continuamos adelante, como buscando el norte. El sol luce a lo alto en esta zona árida, semi-

desértica, mientras cada vez nuestro horizonte se amplía más y más hasta llegar a la cumbre. De pronto, además de la increíble vista, aparecen ante nosotros los restos de las estatuas colosales que adornaron esta necrópolis. Aquí hay algo mágico que te impide quedar indiferente: por el estilo de construcción observamos que realmente estamos al límite entre dos mundos...

A nuestros pies se extiende el valle del Eúfrates. En la cima existen dos grandes terrazas con sus esculturas monumentales.

Y es que el rey de este lugar, Antíoco I, reposa en un túmulo excavado en la misma cima de 2150m.

Creyéndose heredero de Darío y Alejandro Magno, quiso construirse esta necrópolis impresionante mas próxima al cielo que a la tierra tras un loco sueño de eternidad...

Nuevamente nos sentimos diminutos; tanto que no podemos evitar estremecernos ante tal magnificencia.

Pasemos ahora al período paleocristiano de nuestra era. En concreto viajemos al mismo centro geográfico de Anatolia.

La región de la Capadocia, al igual que las fuentes de Pamukkale, son un tesoro geológico, una maravilla de la naturaleza. Los caprichos de la erosión moldearon estos semi-áridos valles de blanda toba calcárea en un conjunto de montañitas pequeñas que sus moradores excavaron llenándolas de infinitud de pequeñas celdas y capillas... Y es que los perseguidos cristianos de los comienzos de nuestra era hallaron en este rincón del mundo el recogimiento necesario para su vida de anacoretas.

ISTAMBUL, PUENTE DE CULTURAS.

Si llegas a Estambul, que sea al atardecer... que los últimos destellos de un sol rosado acaricien esta Capital Eterna. Si te acercas al Bósforo mira hacia Sultanahmet y embriégate del sabor musulmán de sus mezquitas...

Contempla sereno la bella combinación de sus cúpulas redondeadas transmitiendo paz y armonía junto con sus afilados minaretes que desafiantes apuntan al infinito como rezando eternidad de nuevo, en silencioso intento.

Pasea tranquilo por sus calles bulliciosas y llenas de vida pero no te quedes sólo en la belleza «física» de la ciudad que une Asia con Europa, detente unos instantes y observa cómo son y cómo viven.

Si convives con estas gentes podrás disfrutar de su amable hospitalidad; querrán mostrarte su casa,



presentarte a su familia y por supuesto, te invitarán a tomar té y es que ser musulmán no es lo mismo que ser integrista... De no ser por el machismo extremo de su religión que relega a la mujer a una «especie» de segunda clase, sería una enamorada del mundo árabe.

Al acercarte hacia Sultanahmet, entre los jardines, te sentirás «sacramento» amurallado por la mezquita azul a un lado y Santa Sofía al otro rivalizando en belleza por igual.

Será por mi procedencia, pero me encandiló mas Santa Sofía, una antigua catedral bizantina dedicada al «saber»...

Aunque no hubiera sabido de su pasado cristiano, lo hubiera presentado nada más entrar. Si bien su construcción es más robusta y sencilla que la de la mezquita azul, en su interior todavía puedes sentir el sagrado juego de luces que daba el mosaico de oro con que estaban cubiertas las paredes a su vez alternadas con preciosos iconos. Afortunadamente aún conserva su pasada majestuosidad. No podría explicarlo con claridad pero aquellas rotondas enormes a modo de medallones rezando el nombre de Alá, Mahoma y los cuatro primeros profetas, ni el bello mihrab de mármol, ni sus minaretes en

el exterior, no me impedían sentir una lógica familiaridad con las iglesias ortodoxas.

Por otro lado, la mezquita azul me pareció inmensa. Dicen que en sus tiempos fue la mayor del mundo árabe y cuentan que al querer igualar en número a los minaretes de La Meca, a esta última tuvieron que añadirle el séptimo. En su interior, a pleno día puedes disfrutar de un bello juego de colores sobre las alfombras mientras los delicados mosaicos y cenefas regalan a la vista un espectáculo singular.

Pero sin dudarlo es el palacio de Topkapi el que nos traslada a la suntuosidad de los cuentos de las mil y una noches y a las cruzadas contra los Otomanos... Si te acercas a la «Rumeli Hisari», la fortaleza de Europa, sus murallas triples, aún conservan el sufrimiento y agonía que debieron sufrir sus habitantes en el definitivo cerco al que sumieron a Estambul los turcos con Mehmet II a la cabeza, en la mitad del siglo XV.

UN ÚLTIMO VIAJE MÁS PROFUNDO.

Os invito ahora a realizar un viaje mas difícil. Intentemos bus-

car en nuestro interior al pequeño ingeniero, al pequeño filósofo, al poeta, al político o al músico que todos llevamos dentro. Aprendamos a escucharlos y jamás acallemos nuestros sueños ni la ilusión de vivir en consecuencia, defendiendo aquellas cosas por las que pensamos que esta vida vale la pena, pues sin ellas, le quitaríamos los colores más bellos al lienzo en blanco que recibimos al nacer. Busquemos aquello que une de veras a los pueblos y seamos conscientes de que somos una pequeña parte de un ARKHÉ que nos sobrepasa; en definitiva, una nota de una pequeña melodía en la mas bella sinfonía cósmica jamás compuesta.

BIBLIOGRAFÍA

I. TEMIZSOY U OTROS. «*Museo de las civilizaciones anatolianas*». Ed. Dönmez.

VARIOS ARQUEÓLOGOS. «*Hititas y fenicios*». Ed. Salvat.

GIOVANNA MAGI, GIULIANO VALDES. «*Toda Turquía*». Ed. Bonechi.

